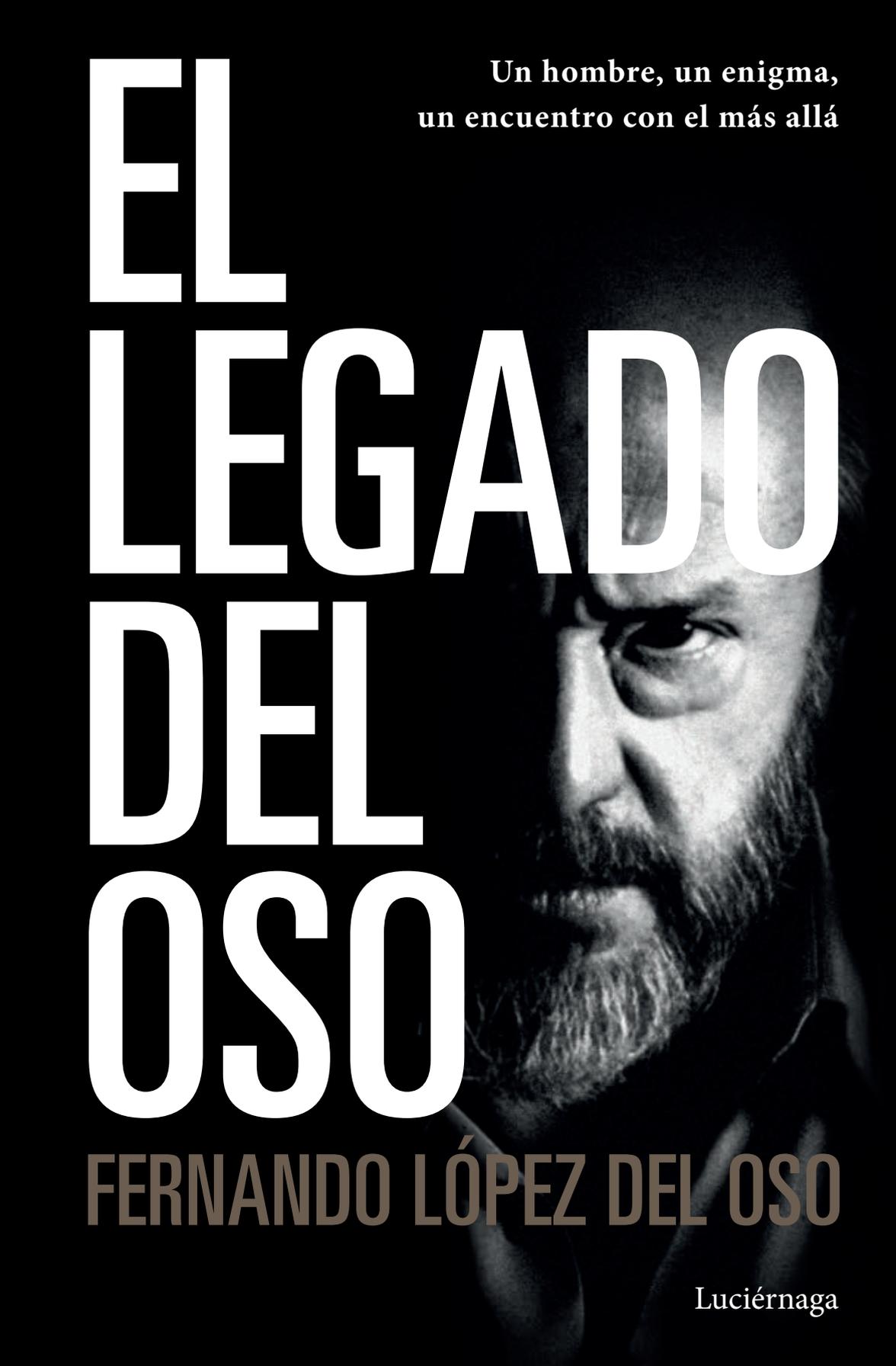


Un hombre, un enigma,
un encuentro con el más allá

EL LEGADO DEL OSO



FERNANDO LÓPEZ DEL OSO

Luciérnaga

Fernando López del Oso

EL LEGADO DEL OSO

Un hombre, un enigma,
un encuentro con
el más allá



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando López del Oso, 2019

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2020

© Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-11-3

Depósito legal: B.2.887-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Uno

Mi padre iba a ponerme en la senda del mayor secreto, el secreto del significado del mundo, y yo no hacía más que protestar.

Conservo en mi memoria los detalles de aquella tarde con la claridad perfecta de los recuerdos que son inventados, que en cierta manera todos lo son. Se había levantado esa brisa gastada y recocida que aun así supone un alivio en las tardes de verano de Madrid. En la calle, las acacias del Japón frotaban sus ramas emitiendo un murmullo complacido. Un coche con la carrocería fresca y reluciente aparcó junto a la acera a la sombra de las acacias. Los pájaros de media calle chillaron de excitación ante la visión de aquel lienzo virgen. Abrí la puerta del conductor y los miré con gesto fúnebre: sé que se traen un apaño con los dueños de los túneles de lavado.

Estaba frente a la casa de mi padre. Crucé la calle tratando de adivinar su presencia por entre las tiras de bambú de los estores de su despacho. Se entreveía el destello verde de la lámpara de mesa que ahora alumbra en mi escritorio. Me acerqué y llamé con el dedo en el cristal —el despacho estaba en lo que antes había sido el garaje—. Otro dedo apareció al poco por dentro separando un poco la cortina para ver de quién se trataba, y entonces la ventana se abrió y vertió al exterior una bocanada de la atmósfera que contenía: las luces tenues que hacían acogedora la penumbra, el aire con su neblina de tabaco, la voz profunda de mi padre hablando por teléfono. Me asomé: sin interrumpir la conversación mi padre me guiñaba un ojo. Yo olvidé como por ensalmo el enfado que tenía desde hacía días y sonreí como un párvulo mientras tomaba las llaves que me tendía.

Tenía yo una debilidad secreta —hasta para mí—: mi padre.

Entré en la casa y alcé una oreja: estábamos solos. Bajé la escalera que llevaba a su despacho. Eran dos cortos tramos, apenas diez o doce escalones en total. En el rellano había una pequeña biblioteca encastrada en la pared cuyo centro estaba ocupado por una enorme fotografía de mi padre en blanco y negro. Ibas viendo esa fotografía a medida que descendías: él en plano medio, sentado a una mesa con los brazos cruzados, mirándote inquisitivo. Te anunciaba que estabas entrando en sus dominios, y parecía advertirte que más te valía tener un buen motivo para ello.

Si quiere ver a alguien titubear y quedarse como abstraído mientras busca como un pez boqueante las palabras, pregúntele quién es o quién fue su padre. Es como ver un ordenador quedarse colgado. Tratará de condensar en una breve descripción mil vivencias cotidianas, mil ejemplos, recuerdos, frases escuchadas, aquello que los demás ven o vieron en él. Las dudas y vacíos que albergue en su corazón para con su padre, eso por lo general se lo guardará para sí, pero tenga por seguro que también cruzará por su cabeza en esos segundos en los que tratará de plasmar la imagen paterna con palabras. Por lo general, y desbordado, enfocará la respuesta desde la convención del oficio: mi padre tenía un taller de..., mi padre era..., mi padre trabajaba en una empresa que... En el caso del mío, de Fernando Jiménez del Oso, creo que sus oficios no lo definían sino que más bien él los dotó de significación. Aparte de su carrera como psiquiatra, lo de menos fueron los más de seiscientos documentales y programas de televisión que grabó; los ocho o nueve millones de telespectadores que lo seguían cada semana; las tres revistas que fundó; los libros que escribió; las enciclopedias que dirigió; los infinitos espacios en radio, artículos, etcétera. Porque todo eso no eran objetivos en sí mismos, sino algo que emanaba de él.

A mi padre le intrigaban las piezas que no encajaban. Enigmas históricos y arqueológicos que no tenían fácil acomodo en el cuerpo de conocimiento ortodoxo; hechos extraordinarios que quedaban más allá de la ciencia; sucesos de implicaciones desestabilizadoras, como el fenómeno ovni. De sus preguntas, indagaciones y reflexiones sobre esas y otras cuestiones, se fue construyendo una cúpula viva cada vez más compleja y más densamente

entretrejida y con raíces cada vez más profundas. En el centro de esa cúpula habitaban él y sus inquietudes. A su alrededor, girando, los grandes misterios de la humanidad traídos al ahora. Se entregó al estudio riguroso, viajó a casi todas partes y se hizo las preguntas adecuadas. Entrevistó a los protagonistas y escuchó a investigadores de todos los puntos de vista. Ahondó cada vez más en los enigmas, íntimamente complacido de que intercaladas con ocasionales respuestas fuera hallando sobre todo más y más preguntas. Él mismo terminó por convertirse en una referencia indiscutible, un erudito, un explorador de lo oculto. Sus programas de televisión y el resto de las cosas eran la permeación al mundo exterior de lo que dentro de aquella cúpula ocurría.

Los espectadores de la España de finales de la década de los setenta, de los ochenta, se rendían asombrados por millones cada semana frente al televisor: nadie les había hablado así de aquellos temas. Su popularidad era tremenda. Recuerdo algo que a mí me enervaba: muchas veces, en nuestros encuentros dominicales, íbamos a comer a un restaurante italiano que había en el Paseo de la Castellana, Tofanetti, y siempre, siempre, éramos interrumpidos por personas que se levantaban de sus mesas para acercarse a saludarle o a pedirle un autógrafo. Yo, con seis o siete años, deformaba la cara en muecas grotescas de indignación, lo que le hacía una gracia enorme a mi padre, pero es que aquel era el único rato en el que nos veíamos y consideraba que tenía derecho a tenerlo solo para mí. Nunca habíamos vivido juntos. Era la nuestra una relación atómica: un núcleo denso y sustancioso pero también enormes vacíos. Y yo orbitando a su alrededor.

Mi padre habitaba feliz ese mundo mítico, legendario, atractivo que había construido a su medida. Ese mundo en el que, ahora que por fin había terminado su conversación telefónica, me disponía a penetrar una vez más. Ese mundo que me parecía mucho más grande y complejo que cuando era pequeño.

Y a veces hasta hostil.

Abrí sin llamar la puerta del despacho y entré.

—Déjame solo un segundo, mientras acabo con esto —dijo mi padre sin levantar la vista.

Estaba inclinado sobre su abigarrado escritorio, escribiendo con pluma. Le gustaba hacerlo en cuadernos grandes de hojas cuadriculadas, que, a veces, si no tenía otra cosa más a mano, eran cuadernos de colegial. Aunque las cosas que escribía en ellos no tenían nada de cándidas.

En la mano izquierda sostenía como casi siempre un cigarrillo encendido, que era a aquel templo de despacho lo que los pebetes-ros de incienso a otros. Había colgado el teléfono y sonaba de fondo una música vibrante. Si me obligo a identificarla diría que se trataba de *La Misión* de Morricone.

Yo me quedé de pie con la tensión de un resorte armado para hablarle en cuanto hiciera amago de coger la tapa de la pluma.

Dejó de escribir por un momento y me miró y me sonrió achinando los ojos mientras le daba una calada al cigarrillo.

—Ponme un whisky, anda, hijo, y sírvete algo a ti también. Acabo en un momentito. Es que quiero dejar esto terminado antes de que se me olvide...

—Claro —gruñí.

Pasé detrás de la barra de bar. Tomé un vaso ancho y cogí de las estanterías de cristal un Cardhu con edad de sobra para conducir.

—¿Hielo?

—Uno —dijo hablándole al papel.

Un psicoanalista inspirado hubiera establecido paralelismos entre una hipotética falta de madurez y el hecho de que yo aún no fuera capaz de disfrutar de un whisky a palo seco. Me serví una cerveza y lo llevé todo a la mesa.

—Gracias —dijo mi padre dándole un sorbito al whisky—. En un momento acabo.

Suspiré conteniendo la impaciencia y le puse una mano en el hombro, y luego deambulé como tantas otras veces por el despacho mientras le dejaba trabajar, curioseando aquí y allá. Miraras donde miraras todo estaba lleno de cosas interesantes: máscaras; figuritas; fetiches auténticos; estampas de santos; los monstruos de la Universal; retales de tejidos sacados directamente de tumbas preincaicas por los huaqueros; una cabeza reducida por los jíbaros, puede que falsa o puede que no; una calavera humana, esta inequívocamente auténtica; un busto olmeca; unas piedras de Ica

con enigmáticos grabados; una fotografía cenital de la meseta de Gizeh que mostraba la alineación de las pirámides... Libros por cientos, por miles, prácticamente todos ensayos de las temáticas más diversas: culturas antiguas, arqueología, ufología, tratados sobre la Atlántida, astrología, los Grandes Mogoles, antiguos ritos místicos, alquimia, esoterismo, enigmas medievales, el *Libro de los símbolos*, parapsicología, mitología templaria... Podría dejarlo aquí pero sigo recorriendo las estanterías, me fascina pensar en lo que implican esos libros: me admiro imaginando los días, los meses, los años de consultas y reflexiones que llevaba aparejada cada una de esas recopilaciones, pues cada una estaba ahí por un artículo pendiente de escribir, por un libro en proyecto, por una serie de documentales... Otros padres tendrían otros intereses, el mío consagró sus tiempos y sus espacios a estudios sobre los tartesios, sobre los cátaros; a dominar todo lo referente a los aztecas, los mayas, los olmecas; a conocer exhaustivamente el Antiguo Egipto, a leer desde el libro de Howard Carter sobre el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón a manuales de traducción de los jeroglíficos egipcios; a libros del Medio Oriente, Masada; de ciudades perdidas de los hindúes; de Perú: Chan Chan, Paititi, Tiahuanaco, Machu Picchu, el manual de Kauffmann Doig sobre arqueología peruana, el libro de María Reiche sobre las pistas de Nazca dedicado de su puño y letra. Todo rodeado de dioscellos de piedra, de pequeñas tallas de moáis, de un platillo volante de bronce, de un par de dinosaurios (a escala). Detrás de su butaca, en una de las baldas altas de la librería, tenía un gran vampiro con las alas extendidas disecado en una urna. Creo que lo compró durante un rodaje por América. A mí me trajo otra urna con una tarántula inmensa que me fascinaba y espantaba al tiempo (las arañas me daban pavor cuando era niño). Al lado, el cráneo de un mono repujado en plata con elementos alegóricos orientales, tal vez tibetanos. ¿Dónde y a quién le compra uno algo así? Cerca de un armario encastrado en la pared en donde guardaba su archivo fotográfico tenía otro bicho disecado y barnizado: era alguna clase de manta raya que al ponerse en vertical y mostrar su cara inferior semejava la figura de un demonio, con la boca abierta en una horrisona sonrisa invertida y las cuencas de los supuestos ojos en donde estaban las agallas. Todo de lo más cuerdo.

Cada una de aquellas piezas, casi también cada uno de esos libros, tenía una historia: se vinculaba a un proyecto concreto, a un viaje, a un rodaje. Fue regalado por alguien interesante o adquirido en circunstancias, imaginaba, cuando menos, sugerentes. Extrañamente, no conocer las historias que acompañaban a aquellos objetos me hacía sentir culpable. Yo estaba a gusto en el despacho de mi padre, donde siempre era bienvenido y donde tenía libertad plena para curiosear a mi antojo, así que si no las conocía no tenía más que preguntar... por cada una de ellas. Pero es que me fastidiaba tanto el hecho de no saberlas que no lo hacía. ¿Era alguna clase de orgullo? No diría eso. Era más bien un sentimiento amargo, una fatalidad de las cosas. No me había detenido nunca a analizarlo. Solo sentía de una manera confusa que, siendo yo quien era, no debería tener que preguntar por todas aquellas historias perdidas: debería, simplemente, saberlas. La mayoría de los que frecuentaban aquel despacho sí se habían ocupado de conocerlas y con ello se habían ganado un lugar a la derecha del padre. Pero yo no lo había hecho. En vez de eso, tras infinitos titubeos, había terminado por emprender un camino propio que deliberadamente procuraba no adentrarse demasiado en sus territorios. Por todo ello experimentaba al visitar aquel despacho una vaga sensación de catástrofe: algo, lejano y difuso, tal vez yo mismo, había tomado en algún momento un sendero torcido y ahora ya no había nada que hacer.

Después de mi psicoanálisis de baratillo, volví y me senté a cinco centímetros del borde en el sillón de las visitas que había frente al escritorio. Tamborileé con impaciencia en la madera del brazo. Solo por hacer tiempo di un par de tragos a la cerveza, que no me supo bien. Luego me dediqué a fulminar silenciosamente a mi padre con la mirada para que dejase de trabajar de una vez y me prestase atención.

Un rato después enroscó apaciblemente la tapa de la pluma y la dejó sobre el cuaderno. Me miró y me sonrió con afabilidad.

—Bueno, ¿cómo estás, hijo? —preguntó.

—¿Seguro? ¿No quieres hojear un rato la *Enciclopedia Británica*?

Estiró más las comisuras de los labios y se rio por la nariz.

—No te esperaba —protestó.

En eso llevaba razón.

—He venido para contarte algo en persona. Una noticia importante.

Hice una larga pausa dramática para intrigarle, pero él sabía jugar a eso mucho mejor que yo.

—Me han hecho una propuesta editorial —terminé—. Una bastante sustanciosa.

—¡Hombre! —Abrió mucho los ojos y su sonrisa iluminó medio despacho—. ¡Eso está bien! ¿Y es de una buena editorial?

Asentí despacio.

Cogió su vaso y se inclinó sobre la mesa para brindar conmigo. Yo me incorporé como si lo hiciera para irme a la silla del dentista.

—Me alegro mucho, hijo —dijo tras beber un sorbo—. Por fin parece que tus novelas...

—¡Es que no es por mis novelas! —dije casi rugiendo. Él me miró con sorpresa—. Resulta que quieren un libro sobre ti. Una especie de libro de homenaje.

Nunca hubo un hombre tan inexpresivo como mi padre en aquel momento.

—¿Te lo puedes creer? —croé—. Años trabajando para encontrar mi propia voz. Mi propia línea. Escribiendo sobre las cosas que me parecen importantes a mí. Y resulta que cuando llega el gran encargo, la gran oportunidad, es precisamente por un libro sobre ti y sobre tu carrera. ¡Coño!

Mi padre cruzó los brazos y se guardó las manos bajo las axilas, y cerrando los ojos y pegando la barba contra el pecho comenzó a agitarse en una risa muda y gutural.

—Encima, encima ríete.

Lo hizo por espacio de medio minuto. Luego abrió los ojos y me miró con infinito cariño.

—No sé si habrá mucho que contar o si se han vuelto locos en la editorial —dijo—, pero, puestos a hacer ese libro, yo me alegro de que te lo hayan encargado a ti. ¿Quién mejor?

Levanté un hombro desdeñoso y respondí:

—Quizá alguno de los periodistas de tus temas, de esos que pasan tanto tiempo contigo —dije en tono amargo—. Ellos conocen todo esto mejor que yo.

Mi padre torció el gesto y alzó una ceja inquisitivamente, sin decir nada.

—Un libro que trate sobre tu trayectoria tendrá que centrarse definitivamente en los asuntos que has tratado —expliqué, señalando con la barbilla los infinitos manuscritos archivados por los estantes bajos—. Eso es lo que esperarán tus seguidores. Y yo no sé nada sobre esos temas.

—Eso no es cierto —dijo con suavidad.

Suspiré.

—No comparado con los que los estudian de verdad. Con esos a los que les apasionan. A mí no me apasionan. No son lo mío.

—¿Acaso yo tampoco soy lo tuyo? —pretendía sonar sarcástico, pero se notaba que estaba dolido.

En el fondo tenía razón: era un libro de homenaje y él sería su centro, y no los temas que trató o dejó de tratar. Pero yo ya había cogido demasiada carrerilla como para detenerme.

—Pero ¿qué sé yo en el fondo de tu carrera? —dije—. Yo no he participado de tu ambiente, no conozco apenas a nadie. Cada vez que comentas con algún amigo tuyo algo que ha sucedido o habláis de otra persona de ese mundillo, yo no me entero prácticamente de nada. Vengo a verte y estáis aquí charlando y tú me invitas a que me siente y esté con vosotros como si fuera uno más, pero poco puedo hacer aparte de escucharos y de interrumpir de vez en cuando para preguntar alguna cosa con la que tratar de seguir el hilo de la historia. Es algo que no es real. Porque de lo que habláis es de vuestras cosas, que suceden en el día a día, donde yo no estoy presente. ¿De tus viajes? Sé cuatro anécdotas, pero nunca me has llevado contigo... Algunos de ellos sí que te han acompañado, pero yo no he tenido el placer por más que sea algo que tenemos pendiente desde que era niño. Y no me refiero siquiera a ir de paquete; podría haberme desenvuelto bien como ayudante de producción o ayudándote con la documentación de los guiones. Pero no. Así que justo ahora, ahora que estoy construyendo algo que es realmente mío, la idea de dejarlo apartado para meterme en tus asuntos no me entusiasma demasiado.

Espiré con fuerza por la nariz vaciando la rabia que me quedaba dentro. Evité mirarle y en vez de eso odié a las máscaras, a los

estúpidos fetiches, a un indeseable duende de repulsivos ojos de cristal que me torcía la boca en una mueca de burla.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás en la butaca. La música hacía rato que se había terminado. Al abrirlos me quedé mirando un pequeño plesiosaurio de madera que colgaba del techo sobre mí con un hilo de nailon. Habíamos montado juntos uno igual, cuando yo era pequeño, una tarde.

Bajé la mirada despacio hacia mi padre.

Él asentía en silencio, rumiándolo. Al ver que lo miraba alzó las cejas concediendo, con lástima y contrición.

Inmediatamente me sentí culpable, muy triste. Fui a decir algo pero se me adelantó:

—Todo eso que has dicho es cierto —dijo con voz quebrada.

Encendió otro cigarrillo, hoy diría que solo con la intención de ganar un poco de tiempo. Me dedicó miradas fugaces durante el ritual. Luego se apretó durante unos instantes en los lacrimales, con el índice y el pulgar.

Cuando volvió a hablar ya era dueño absoluto de sí mismo. Su voz profunda, pausada.

—La vida no es fácil, Fernando —dijo con un gesto de resignación—. Aunque quieras hacerlo bien, como ser humano resulta inevitable equivocarse: es algo intrínseco a nuestra naturaleza de aprendices. A veces yerras sin querer, sin saber lo que haces. Eso es disculpable. Pero otras veces eliges conscientemente, decides un camino sabiendo lo que ganas y lo que pierdes con esa decisión. Y ahí uno tiene que ser responsable de sus actos. —Me señaló como para reafirmarlo, y yo me puse en guardia—. Ejercer la libertad, ¡de elegir y hasta de equivocarte!, pero con responsabilidad. El problema —alzó las cejas y suspiró— es que las cosas no siempre están tan claras. A veces uno cree que sabe lo que hace pero no es así, decides sin ser consciente del todo y solo cuando ha pasado el tiempo te das cuenta de que cometiste un error. Descubres lo que estás perdiendo o has perdido ya con esa decisión vital. ¡Pero...! —y aquí su voz se tornó ligeramente optimista—, ahí la vida nos da a veces la oportunidad de reparar lo que parecía irreparable: darnos cuenta del error permite rectificar..., si es que estás dispuesto a ello.

Aguardó expectante a que lo asimilase.

Yo, replegado en el sillón, intenté dilucidar de qué demonios estaba hablando. ¿Me aludía a mí, a mis decisiones vitales y a mi responsabilidad en aquello sobre lo que protestaba? ¿A que si yo había decidido ser novelista y había renunciado a seguir sus pasos ahora tenía que apechugar con no ser partícipe de su mundo? Eso fue lo que pensé en aquel momento. ¿Qué esperaban? Ya les advertí que tenía una debilidad innata hacia mi padre.

Contraje el ceño y me lo quedé mirando con gesto disgustado sin decir nada.

Mi padre se revolvió incómodo en su asiento.

—A veces a uno, aunque intuya lo que está sucediendo, le cuesta rectificar —evocó en un tono que parecía de disculpa—. Cuando estás embarcado en un viaje tan absorbente que no deseas apearte de él... Cuando estás en ese mundo a tu aire, aislado y entregado a lo que te apasiona...

Siempre de ideas rápidas, interpreté que se refería a mi carrera de novelista, a mi burbuja.

—Pero la realidad es tozuda y escoger un camino siempre implica renunciar a lo que no se ha elegido —continuó—. Lo que sucede es que, aunque nos demos cuenta más tarde de que el precio que estamos pagando es demasiado alto, la posibilidad de desandar el camino recorrido resulta también terriblemente costosa. Es como plantearse desmontar todas las piezas de una vida para tratar de armar con ellas una vida diferente... Te arriesgas a perderlo todo en el intento. Por eso a veces es más fácil creer que ya es demasiado tarde e intentar asumir las consecuencias. Y también pensar, o engañarte, con que en el fondo nada es tan grave como imaginamos y que las cosas marchan más o menos bien. Como cuando tú y yo nos vemos y charlamos... —Dejó que las palabras flotaran en el aire.

Eso era cierto, cuando estábamos juntos desaparecían todos los fantasmas... Al mismo tiempo también yo era consciente del peligro de perderlo todo si uno trataba de barajar el presente con el pasado. Ahí yacía buena parte de la angustia que arrastraba en relación a los riesgos de hacer o no su libro.

Mi padre pareció leerme la mente y dijo:

—Si se pudiera volver al pasado, probablemente uno haría algunas cosas de otra forma. Pero eso no es posible. Lo que sí podemos hacer ahora —dijo, y me miró con intensidad—, antes de que sea irremediamente tarde, es escribir un nuevo presente, juntos. Si es que *uno* se hace merecedor de ello, y *el otro* le concede la oportunidad de intentarlo.

Me quedé parado: ¿qué me estaba ofreciendo? Un nuevo presente si yo me hacía merecedor, si él me permitía intentarlo... No era simplemente la entrada a su mundo; siempre había tenido la puerta abierta... Parecía algo que iba más allá del asunto del libro.

No pude evitarlo: la palabra *juntos* activó un resorte cálido en mi interior. Pero al mismo tiempo la naturaleza inconcreta de ese algo que me proponía, que sonaba invitador y enigmático a un tiempo —*si yo me hacía merecedor, si él me permitía intentarlo*—, me resultó inquietante en aquel despacho en penumbra, en aquella tarde extraña, en aquel hombre complejo que era Fernando Jiménez del Oso.

Le miré expectante con un amago de sonrisa mientras él apagaba el cigarrillo en el cenicero y bebía lo que le quedaba de whisky. Bajó el vaso despacio y lo dejó en la mesa sin hacer ruido, siguiéndolo con la mirada. Luego levantó la vista y me miró a los ojos, y al ver mi expresión sonrió también por fin como con un infinito cansancio.

Asintió despacio por tres veces y relajó el cuerpo con un suspiro. Luego giró un poco su butaca y tanteando con la mano derecha cogió de detrás, de la librería, una cajita oscura y extraña. Era de basalto y estaba grabada con los símbolos místicos de una cultura olvidada. El rostro de una deidad guardaba la tapa; una serpiente, símbolo del conocimiento y de la fuerza interior, recorría una de las caras. En otra, se adivinaban los perfiles de un templo perdido en el tiempo. Su color negro azulado y su acabado pulido le daban una apariencia metálica.

Tuve el pensamiento sorprendente de que tenía el tamaño ideal para guardar en ella uno de esos cochecitos de juguete Matchbox que yo tenía de pequeño.

—¿Quieres saber una ironía? —dijo a media voz, casi como para sí, jugueteando con la cajita entre las manos—. Desde siem-

pre me gustó mirar a las estrellas y preguntarles. Nunca esperé ninguna respuesta de ellas, porque tampoco les pregunté nada en concreto... Simplemente las miraba... y proyectaba hacia ellas todo ese deseo mío de saber qué había más allá.

—¿Más allá de qué?

Alzó una ceja y torció un poco el cuello en ese gesto suyo tan característico. Levantó una comisura de los labios.

—Supongo que más allá... de todo —dijo críticamente. Luego se rio una vez.

—¿Y dónde está la ironía? —pregunté al cabo.

Respiró profundamente y se reclinó hacia atrás en el sillón y miró a través de mí. Quiero decir que me miraba, pero que parecía que estuviera viendo más cosas de las que yo veía. Sentía que su conversación estaba por encima —más allá— de donde yo me encontraba.

—Buscaba en otros mundos y resulta que donde estaba la gran pregunta era en este —dijo.

¿La gran pregunta? Achiné los ojos. ¿A qué se estaba refiriendo? Era como hablar con el Gran Lama. Le tanteé:

—¿Y la encontraste?

—¿El qué?

—La gran pregunta.

—Ah, eso... —suspiró y se quedó en silencio durante unos segundos.

No dejaba de toquetear la caja, la agitaba levemente como para sentir el peso de lo que hubiera en su interior. Luego asintió despacio con la mirada perdida en la niebla de tabaco que todo lo envolvía, y dijo:

—Para cuando encontré la solución al gran enigma, cuando descubrí que la clave de la verdadera trascendencia estaba ante nuestros ojos, entonces... Bueno, creo que entonces ya fue un poco demasiado tarde, al menos para mí. Pero aquí entras tú. Ahora es tu turno...

Ya estaba.

Si acaso estaba esperando alguna clase de revelación o lo que fuera que pudiera suceder en aquella tarde trascendental, estaba ahí. Mi padre siguió hablando pero mi imaginación se había disparado y yo ya no le escuchaba. El «Gran Enigma», acababa de

llamarle. Él, que llevaba toda la vida enfrentándose a las cuestiones más extraordinarias... Nunca hasta entonces le había escuchado utilizar esa expresión. ¿Cuál fue el mayor misterio al que se enfrentó el mayor explorador de misterios? Decía que lo había resuelto, pero ¿qué fue lo que descubrió? ¿Y por qué había dicho que tal vez había sido demasiado tarde para él?

Deseé saberlo más que cualquier otra cosa.

Le interrumpí, alargando la mano por encima del escritorio y haciendo amago de coger la caja. Él la apretó en su mano izquierda y la retiró hacia sí en un acto reflejo.

—Has dicho que habías encontrado la solución al gran enigma del mundo —dije—. ¿Y en qué consiste?

Se me quedó mirando como sorprendido, como si hubiera pasado ya a otras cuestiones y le costara volver a donde yo estaba. Lo que era rigurosamente cierto, por otra parte.

Respiró hondo un par de veces y me miró con dulzura. Aunque había algo más en el fondo de sus ojos.

—A eso ha de llegar uno por sí mismo, hijo.

Me adelanté en mi asiento. Traté de sonsacarle con mi seductora caída de ojos.

Él sonrió levemente. Su mirada se endureció un tanto.

—Hay lecciones que no se pueden enseñar, Fernando —dijo despacio—. Las revelaciones de esa clase no se comunican. Solo el camino que conduce a ellas.

Aquello me dejó cortado. No era la primera vez que escuchaba esa clase de respuesta. La sentencia aludía a la senda de la iluminación de Buda. Era el camino que llevaba al gran arcano metafísico; al secreto mitológico del funcionamiento del mundo. ¿Y él decía que lo había alcanzado y lo había resuelto?

Asentí lentamente, grave, serio. Nos estábamos mirando a los ojos. Aquella no era una conversación de domingo más. Podía notar cómo la atmósfera del despacho se adensaba por momentos. Cobré consciencia de que todos los dioses de piedra, todos los santos, todas las palabras secretas de los libros, nos miraban.

Ya no era solamente una conversación entre un padre y su hijo, sino algo iniciático y trascendente.

Le interrogué con la mirada con un interés nuevo y vi que algo cambiaba en sus ojos: acababa de darse cuenta de todo lo que

estaba pasando por mi cabeza. Rapidísimamente pasó del tono de cierta melancolía de aquella tarde a mirarme entre divertido y desafiante.

—Dime al menos cuál es el gran misterio... —tuve que preguntar.

Y entonces asomó un brillo en su mirada y con una triunfal sonrisa retadora, zanjó:

—Eso tendrás que descubrirlo tú primero.